



El naturalismo en Brasil: *El vecindario* de Aluísio Azevedo

Carmen de Urioste

Arizona State University
carmen.urioste@asu.edu

Resumen: En el presente ensayo se realiza una introducción al movimiento naturalista brasileño, prestando especial atención a la obra más representativa del mismo, *O cortiço*, novela escrita por Aluísio Azevedo en 1890. A continuación se presenta, por primera vez en España, una traducción del primer capítulo de dicha novela con el título de *El vecindario*.

Palabras clave: naturalismo, Brasil, Aluísio Azevedo, *O cortiço*.

Cuando los primeros textos naturalistas se publicaron en el Brasil, la acogida de los mismos tanto por el público como por la crítica no fue unánime. Aunque la aceptación de las novelas naturalistas por el lector de la calle se estimó exitosa debido, en parte, a la controlada obscenidad de las mismas, la crítica especializada de la época recibió el movimiento con reacciones encontradas, ya que si bien algunos críticos no captaron la diferencia entre naturalismo y realismo, otros condenaron el movimiento desde sus mismos orígenes franceses y, por lo tanto, desaprobaron el ‘genuino’ naturalismo brasileño.

En el momento de su emergencia, Joaquim Maria Machado de Assis (1839-1908)-crítico además de escritor-censuró duramente el naturalismo, al cual calificó de “aspérrimo discípulo do realismo” en dos artículos aparecidos en *O cruzeiro* en 1878. Machado señaló cuatro argumentos en contra del naturalismo: en primer lugar, el naturalismo sólo se preocupaba de la parte física del hombre, es decir de los sentidos; a continuación, indicaba la predilección del movimiento literario por los ambientes viciosos en los cuales las clases bajas aparecían ejecutando sus delitos instintivos; en tercer lugar, el naturalismo únicamente realizaba descripciones de casos excepcionales y patológicos, sobre todo en el área sexual; y, por último, las novelas naturalistas eran vistas como auténticas corruptoras de las costumbres sociales.

Entre los críticos contemporáneos, Nelson Werneck Sodré considera el naturalismo en el Brasil como un episodio aislado en la evolución literaria, es decir como una concesión a la moda literaria de Francia y Portugal, la cual no define en absoluto la producción literaria del período:

Seguiam os temas de Zola e Eça de Queirós, sem atentarem nas diferenças entre as sociedades francesa e portuguesa e o nosso meio em formação, sem perceberem que o que lá refletia a desagregação da burguesia, aqui não passava de anedota isolada. (386)

Por su parte, en *Da literatura brasileira. Prosa de ficção. De 1870 a 1920*, Lúcia Miguel-Pereira sostiene que el naturalismo brasileño es el resultado de una receta estética mal asimilada, donde no se tuvo en cuenta la diferencia existente entre la realidad francesa o portuguesa [1] y la realidad brasileña del momento, razón por la cual el movimiento dio muy pobres resultados literarios:

Num país onde de processavam experiências raciais da maior importância, onde as condições de existência variavam dos requintes sofisticados da Corte ao primitivismo das populações rurais, onde as relações de senhores e escravos suscitavam um sem-número de problemas, os romancistas que se criam realistas voltavam-se de preferência para os casos de alcova, para a análise de temperamentos doentios. (130)

En medio de esta diversidad de opiniones toda la crítica ha terminado por admitir que, de una manera u otra, en el Brasil se desarrolló un movimiento naturalista cuya primera manifestación con carácter innovador es *O mulato* de Aluísio Azevedo [2], novela publicada en 1881. Sin embargo, habría que esperar casi una década para la

aparición de la obra más representativa del naturalismo brasileño, una novela del mismo autor titulada *El vecindario (O cortiço)* [3], publicada por primera vez en 1890. Cinco años antes de esta fecha, Azevedo había publicado un trabajo titulado “Brasileiros, antigos e modernos”-aparecido en *A semana* 31 de octubre de 1885-, en el cual afirmaba que se proponía escribir una serie de novelas siguiendo el plan que Zola se había planteado para su serie de *Les Rougon-Macquart* [4]. Es decir, Azevedo se disponía a escribir cinco novelas que abarcaran el período comprendido entre la Independencia del Brasil (1822) hasta el año 1887. Sabemos que el proyecto no llegó a completarse y que sólo dos novelas responden al plan original: *Casa de pensão* (1884) y *O cortiço* (1890).

El ciclo planeado por Azevedo era, como *Les Rougon-Macquart*, un ciclo familiar, razón por la cual las relaciones entre los personajes previstos para las cinco novelas estaban basadas, fundamentalmente, en lazos familiares o de carácter sexual. No se hablaba en el plan del autor de relaciones económicas, sino de raza y de filiación. En tales circunstancias, el ciclo que Azevedo se proponía realizar se sustentaba tanto en lazos hereditarios como en costumbres atávicas.[5]

Nacimiento del naturalismo brasileño

Cuando Brasil se independizó de Portugal en 1822 [6], las manifestaciones expresivas de la población exteriorizaron un fuerte rechazo hacia lo portugués. Este rechazo incluyó la literatura, la cual, en primer lugar, volvió sus ojos hacia los modelos literarios extranjeros-españoles, ingleses, italianos, rusos, pero especialmente hacia los franceses-para, enseguida, generar una producción propia de marcado carácter nacionalista representada en la novela de sertão. Esta novelística de sertão-literatura profundamente preocupada con lo que es típica y esencialmente brasileño-, cuyo momento culminante se sitúa entre 1870 y 1880, puede ser considerada como de transición entre el romanticismo brasileño de clara filiación portuguesa y el naturalismo de cuño brasileño. De tal manera, el sertanismo representó el formidable esfuerzo de la literatura brasileña por superar las condiciones que la subordinaban a los modelos extranjeros, especialmente a los de la metrópoli. Como consecuencia de estas dos tendencias-aproximación a los modelos extranjeros y el sertanismo-se observó un fuerte rechazo hacia el romanticismo portugués predominante hasta entonces y se propició el nacimiento de un naturalismo brasileño autóctono.

Cabe mencionar que el naturalismo brasileño poseyó unas características específicas, diferentes de las europeas, debido al especial momento social, político y económico por el que atravesaba el país, aunque, al mismo tiempo, la gran influencia de la literatura francesa hizo que se difundieran por el Brasil las ideas positivistas de Augusto Comte (1798-1857) [7], las cuales tuvieron un gran arraigo y divulgación en Río de Janeiro por la amplia difusión que hizo de ellas Benjamín Constant (1767-1830). En un momento en que el país estaba buscando una emancipación tanto espiritual como política de la metrópoli, la introducción de este nuevo sistema filosófico abrió nuevas posibilidades de autodesarrollo y autocontrol. La primera reacción contra el romanticismo, dentro todavía del período imperial, se encuentra en el grupo poético denominado Escuela de Recife, el cual en opinión de Loos “began with reform in poetry and then later concerned itself with literary criticism, Positivism, Darwinism and other new ideas of the times” (22).

Al comparar el naturalismo brasileño-movimiento cultural extraordinariamente moderno y receptivo-con el momento socioeconómico-político que estaba viviendo el país, se aprecia un gran desfase [8]. El Brasil se encontraba en un período de

adaptación tanto de sus formas de producción como de su estructura política y se estaba llevando a cabo, dentro del mismo, una modernización cuya intención era la transformación de la estructura aristocrática-señorial en una nueva fórmula más de acuerdo con la expansión capitalista que el país necesitaba. El poder de la oligarquía agraria se relativizaba en oposición al avance industrial de algunos grandes centros urbanos-São Paulo y Rio-, a la creciente economía de exportación y, por lo tanto, en confrontación con el gran florecimiento que experimentaba el comercio. La riqueza se desplazó desde el interior al litoral, la población emigró hacia las ciudades y se abrieron las puertas a la clase media y a todos los sectores de la población ligados al comercio. Pero esta crisis de los valores oligárquicos sólo fue aparente, ya que después de la República, la clase conservadora-la oligarquía modernizada-salió beneficiada por sus contactos con el comercio internacional, y por lo tanto, todo el proceso de modernización no hizo sino consolidar el poder ya establecido de la clase aristocrática y señorial.

El momento social de cambio se puede situar entre 1870 y 1889, años en los cuales se desarrolló en Brasil el tan traído y llevado movimiento naturalista: 1880-1890. La “restauración”[9] del poder oligárquico se extiende desde esta última fecha hasta 1930.

El vecindario (1890): el cuerpo como fuga del determinismo social

El propósito fundamental de la novela *El vecindario* de Aluísio Azevedo es la representación de un microcosmos, un vecindario, como un conglomerado social en perpetuo cambio. El vecindario se comporta como un organismo vivo que cumple con las funciones esenciales de nacer, alimentarse, trabajar, dormir, procrear y morir. En este texto de Azevedo, el héroe individual ha sido sustituido por el pueblo sin rostro, invirtiendo el esquema de la novela de personaje. Este carácter de anonimidad armoniza perfectamente con las aspiraciones de la ciencia experimental y en este aspecto cabe afirmar la novedad de la novela, ya que presenta-por primera vez al público brasileño-el bajo pueblo, el cuarto estado, totalmente desconocido por la pequeña burguesía y que, de la mano de Azevedo, adquiere protagonismo. Asimismo, este microcosmos reproduce el macrocosmos social brasileño, puesto que al examinar las relaciones entre los componentes de este limitado organismo vivo, se pueden conjeturar los lazos humanos de un sector más amplio de la sociedad. Como el lector apreciará, el vecindario-del cual es dueño João Romão-representa un microcosmos inmundo donde el cuarto estado-cuyas únicas diversiones domingueras son el baile, la bebida y el sexo-aparece atrapado en la trampa de la pobreza.

En el reducido espacio novelesco de *El vecindario* el lector va a encontrar todas las clases sociales representadas en un perfecto sincretismo: por un lado, la familia Miranda, con su título de nobleza, da vida a la élite portuguesa en el Brasil; por otro, João Romão representa al comerciante en ascenso, una clase media que quiere subir y para ello se alía a través de los lazos matrimoniales con la alta burguesía aristocrática. Además, el lector también encontrará al trabajador inmigrante portugués que sufre el proceso de brasilización, personificado en Jerônimo, sin olvidar tampoco que la fuente de la riqueza de João Romão se encuentra en la explotación del cuarto estado e incluso en la esclavitud de Bertoleza. La misma Bertoleza se presenta como esclava de dos sistemas de producción: la explotación dentro del sistema feudal de esclavitud; y, además, la servidumbre y el engaño dentro del nuevo sistema de producción comercial del capitalismo temprano, personificado en João Romão.

A este respecto, es importante señalar el hecho de que la clase alta y la clase burguesa están representadas en la novela por inmigrantes portugueses. La

explicación a esta elección del autor se puede buscar en dos motivos: primeramente, los valores degradados de ambos personajes no se podían personificar en ningún miembro de una familia brasileña tradicional, pero sí en un grupo social nuevo cuya importancia comercial se estaba desarrollando ampliamente. En segundo lugar, Azevedo utilizó el carácter inmigrante de los personajes para reflejar la situación socioeconómica del país, puesto que la explotación de los trabajadores del vecindario por João Romão sugiere la explotación del Brasil por Portugal. Al iniciarse la novela se origina un enfrentamiento entre ambas clases sociales de portugueses comerciantes, pero posteriormente se llega a una alianza entre ellas mediante el matrimonio: “Se entabló entonces una lucha reñida y sorda entre el portugués comerciante de tejidos al por mayor y el portugués comerciante de ultramarinos”.**[10]**

Cuando comienza la narración João Romão se encuentra en el escalón más bajo de la clase comercial, preocupado sólo por el dinero, la acumulación y el rendimiento del capital. Para prosperar, el tendero Romão ejerce una múltiple explotación de los trabajadores, pues no sólo se enriquece con los alquileres de las casas, sino también con las rentas que deben pagar las lavanderas por las tinajas de lavar. Además, la mayoría de los inquilinos trabaja en la cantera de la que él mismo es propietario, la cual está aledaña al vecindario, razón por la que los jornaleros nunca se alejan de sus dominios, gastan su salario en el almacén-tienda-casa de comidas de su propiedad y se convierten en sus deudores por medio de los préstamos que él mismo facilita.

Con el beneficio de los alquileres, las rentas, la casa de comidas y los préstamos, el dueño del vecindario sube en la escala social y lo hace de una manera visual, siendo muy emblemática la representación espacial que Azevedo realiza de ambas clases sociales dentro de la novela. Al iniciarse ésta, Miranda desde la ventana alta de su casa señorial observa la vida del vecindario, el cual se desarrolla anejo a una de las tapias de su jardín: “Y a su lado Miranda se asustaba, inquieto con aquella exhuberancia brutal de vida, enfrentándose aterrado a aquella implacable floresta que le crecía junto a la casa, por debajo de las ventanas ...”**[11]**. Sin embargo, al final de la novela es João Romão el que está observando el vecindario desde lo alto, señal inequívoca de su nueva posición social:

Y allí en la cima, en una de las ventanas de Miranda, João Romão, vestido de casimir claro, con una corbata a la moda, ya familiarizado con la ropa y con la gente fina, conversaba con Zulmira que, a su lado, sonriendo con los ojos bajos, tiraba migajas de pan a las gallinas del vecindario; al mismo tiempo que el tendero lanzaba hacia abajo miradas de desprecio sobre aquella gentuza sensual, que lo había enriquecido, y que continuaba trabajando estúpidamente, de sol a sol, sin otro ideal que comer, dormir y procrear.**[12]**

La cita es bastante esclarecedora, pues la alta burguesía-Zulmira-tira migajas a las “gallinas” del cuarto estado, mientras que el advenedizo João Romão mira con desprecio a la clase social que lo ha enriquecido. Ya no tiene que mirar con envidia hacia arriba, pues él está ahora arriba espacialmente y también en la posición social más alta.

Es importante considerar la precisión con que el narrador nos describe la vestimenta del tendero, ya que en un principio hace hincapié en su despreocupación por el vestir, “siempre en mangas de camisa” **[13]**, o por codearse con otra clase social que no sea la del vecindario, hasta que el gobierno portugués le concede a Miranda el título de Barón de Freixal. En este momento se despierta en João el deseo de abandonar la clase social de la que provenía-y con la cual se enriqueció-, de despegar de la pobreza, del mal olor, de las peleas del vecindario para pasar, a través del dinero, a la nueva clase social que le corresponde. La incorporación de João Romão a la alta burguesía comercial se realiza casi sin esfuerzo por su parte **[14]** -

sólo con gasto de una pequeña parte de la riqueza acumulada-, ya que Miranda también consiguió su entrada a dicha clase por medio del matrimonio, y acepta al comerciante como yerno sin ninguna clase de escrúpulo.

Sin embargo, el cuerpo social del vecindario sí se resiente. La acumulación de la riqueza de João Romão está basada, en gran parte, en la explotación de Bertoleza en varios niveles: “Bertoleza representaba ahora al lado de João Romão el triple papel de cajera, de criada y de amante” [15]. Pero cuando João Romão decide casarse con la hija de Miranda la socio-esclava-amante resulta ser un estorbo. Piensa en la solución rápida de matarla, pero se decide por otra solución mucho más elaborada: devolverla a su antiguo amo, ya que él había mentido a Bertoleza sobre su condición de esclava libre. Cuando la policía viene a restituirla a su antiguo amo, ella se da cuenta de lo que sucede y se suicida: “adivinó que había sido engañada; que su franqueo era mentira, y que su amante, no teniendo coraje para matarla, la restituía al cautiverio” [16]. Entonces, puede decirse que Bertoleza sufre un problema de inadaptación a su nueva condición social, no progresa al compás de João Romão, sino que se queda inmovilizada en una actitud pasiva de esclava que no saca provecho de su libertad. Ella no sabe cómo poner a producir el dinero que gana trabajando como cocinera de la casa de comidas, e incluso sufre un proceso de involución, ya que, en palabras del narrador, continúa siendo “la misma mulata sucia, siempre confundida por el trabajo, sin domingo ni día festivo; ella, en nada, en nada absolutamente, participaba de las nuevas regalías de su amigo; por el contrario, a medida que él trepaba posiciones sociales, la desgraciada se hacía más y más esclava y rastrera”. [17]

No es Bertoleza el único personaje que sufre un problema de inadaptación al medio. Más adelante en la novela se verá también el caso de Piedade de Jesús esposa de Jerônimo, ambos inmigrantes portugueses. El tercer inmigrante portugués de la novela, Jerônimo, sufre un proceso evolutivo de acoplamiento al medio, una “brasilización”, mientras Piedade padece una regresión que desemboca en el alcoholismo. Significativamente, los personajes en retroceso e involución son siempre femeninos.

De acuerdo a los principios de la filosofía determinista los personajes de *El vecindario* aparecen caracterizados de acuerdo al temperamento [18]. En la pareja formada por Jerônimo y Piedade, él posee un temperamento sanguíneo que le conduce a seguir las incitaciones del medio, abre los ojos al nuevo mundo que se desarrolla delante de él; Piedade, por el contrario, pertenece a un tipo de temperamento flemático incapaz de reaccionar ante impulsos exteriores, llamado a la pasividad y consumido por la saudade de su tierra. Así, el nuevo mundo para Jerônimo está representado en el personaje de Rita Baiana, la cual encarna el sensualismo, el brote de las pasiones, el goce sexual, el calor del trópico, el olor del cuerpo recién bañado, el café, el frenesí y muchas cosas más pues “[e]n aquella mulata estaba el gran misterio, la síntesis de las impresiones que él recibió al llegar aquí” [19].

El narrador comunica al lector que Jerônimo es un hombre trabajador, cumplidor, amante de su mujer y de su hija, pero al mismo tiempo poseedor de un temperamento sensual, abierto a toda clase de novedades, razón por la que el mismo narrador anticipa los peligros que Jerônimo va a sufrir por esa mujer, representación del Brasil: “Y comprendió perfectamente que, dentro de él, aquellos brillantes y aromáticos cabellos crespos de la mulata, empezaban a formar un nido de cobras negras y venenosas, que le iban a devorar el corazón” [20]. De tal manera, la novela presenta un proceso de adaptación biológica al medio en el cual Jerônimo sale victorioso aunque abyecto; el personaje tipificado del inmigrante portugués sale hacia adelante en el nuevo mundo con una personalidad corrompida: “El portugués se brasilizó para siempre; se hizo negligente, amigo de las extravagancias y de los abusos, lujurioso y celoso”. [21]

Este triunfo del Brasil sobre Portugal-simbolizado en los cambios de Jerônimo-tiene resonancias negativas en el cuerpo social del vecindario. Se nutre de los más débiles, según la filosofía del naturalismo. Su mujer, Piedade de Jesús, determinada por su temperamento flemático e incapaz de sobreponerse al abandono del marido, termina alcoholizada, pierde su trabajo y se prostituye por un vaso de vino. Como consecuencia, la hija de ambos es expulsada de su puesto escolar por falta de pago, contempla con mezcla de vergüenza y admiración la prostitución de la madre para finalmente, según el narrador, seguir los mismos pasos de ésta. Incluso Piedade piensa en su propia hija con un determinismo fatalista, cuando afirma: “¡Pues bien, sólo se perdía quien ya había nacido para la perdición!” [22]. Otro caso de determinismo fatalista está simbolizado en la novela en Firmo, el amante de Rita Baiana anterior a Jerônimo. Firmo está marcado por su temperamento nervioso: “Piernas y brazos delgados, cuello estrecho, aunque fuerte; no tenía músculos, tenía nervios”[23] y da voz al típico personaje barriobajero, jugador y derrochador, que no puede soportar que su hembra se vaya con otro. No pertenece al vecindario, sino que vive en la ciudad primero y en un vecindario rival al de “São Romão”, el “Cabeça de Gato”, después. Firmo tiene que desaparecer, ya que personifica la víctima cruenta del proceso de “brasilización” del portugués Jerônimo, así como Bertoleza lo fue del ascenso social del portugués João Romão.

Vemos en estos ejemplos que el cuerpo en relación con el sexo supone una parte crucial del determinismo que Azevedo quiere comunicar en *El vecindario*, como ya señaló Loos al analizar la novela:

Only in one of his later novels, *O cortiço*, did Azevedo use sex material in a completely unrestrained manner. Most of the characters here, regardless of class, are obsessed with sex. Costa must have had *O cortiço* in mind when he said that ‘naturalism with Aluísio de Azevedo was an epic of the sexual instincts of the race.’ Because this work in its entirety is but a chronicle of the characters' perversions, obscenities and misery, it would be redundant to point out particular details as examples of naturalistic grossness or crudeness. (47)

Por mi parte considero que la ejemplificación de una sexualidad explícita es parte integral de la corriente naturalista, y que si algún defecto tiene no es el de ser excesivamente grosera o cruel, sino el de presentar una sexualidad en sobremanera tipificada. En relación a este punto, es fundamental señalar tres aspectos dentro del *El vecindario*: en primer lugar, tanto la clase alta como el cuarto estado están sujetos a este determinismo sexual, por lo tanto, existe un igualamiento mediante el sexo; además, el sexo, junto con el baile y la bebida, es la única salida de los personajes, especialmente de las mujeres, ante la vida agónica del vecindario, o la vida monótona de la alta burguesía; por último, todos los ejemplos de lo que se ha denominado “desviación sexual”, dentro de la sociedad burgueso-católica, están personificados en el texto por mujeres.

En el Brasil, las mujeres de finales del siglo XIX estaban totalmente al margen de la sociedad patriarcal, fuera de los centros de poder. Su único poder era el sexual, ya que no tenían la posibilidad de expresarse por medio de la palabra. Es por esta causa que, tanto las mujeres del cuarto estado como las de la alta burguesía, están representadas en *El vecindario* buscando la libertad a través de su cuerpo, intentando liberarse del determinismo social por medio de la trasgresión de las reglas que la propia sociedad les imponía. De esta manera, el cuerpo sirve a muchos de los personajes femeninos de la novela para salir del mundo adocenado del vecindario. El ejemplo más claro es el de Pombinha y su madre: el único medio que tienen ambas de regresar a su clase media originaria resulta del casamiento de Pombinha con el joven comerciante João da Costa. El problema se halla en que Pombinha no ha tenido aún su primera menstruación y, hasta que esto no suceda, la madre no quiere darla en

matrimonio. En la espera de que la púber sea “señalada” como mujer adulta, suceden dos cosas decisivas para ella: en primer lugar, tiene un encuentro homosexual con una prostituta de origen francés, Léonie [24], experiencia que la desagrada en un principio, pero a la cual regresa después de dos años de matrimonio con el bueno de Da Costa. No sólo regresa a las relaciones lésbicas, sino que entra en el mundo de la prostitución, situación que la madre terminará aceptando como algo natural. Como ha señalado Juan Armando Epple, Pombinha “[s]iguiendo los pasos de la cocote Léonie, decide utilizar su poder para vengarse de aquellos que la mantuvieron en la miseria. Convertida en prostituta, vivirá de las flaquezas de esa clase que se enriquece con la miseria del bajo pueblo” (44).

La segunda experiencia a la que hace referencia la novela es la relación sexual de Pombinha con el sol. Esta experiencia ensoñada tiene resonancias místicas ya que, por un lado, después del trato con el astro, Pombinha será premiada con el rasgo de la fertilidad femenina, y, por otro, es un cópula con las fuerzas de la naturaleza, las cuales le abrirán los ojos y harán que cambie su opinión sobre sus relaciones con Léonie y su visión de la organización social. Pombinha deja de ser, después de este sueño, la “flor del vecindario” para ser reemplazada en este rol por la hija de Jerónimo y Piedade, la cual, según el narrador, seguirá los mismos pasos que su antecesora en el título.

Otros personajes femeninos tienen comportamientos sexuales diversos: Augusta Carne Mole está en continuo estado de gravidez y engendra hijos para la muerte-uno de los hijos muere en un incendio del vecindario-, para la prostitución-su hija Jujú vive con Léonie-, y para la pobreza; Florinda es desvirgada por uno de los cajeros del almacén, huye de casa y después de tener un aborto, se da a la prostitución; y, por último, Leocádia tiene relaciones con el joven Henrique de una manera pública, y es expulsada del hogar por su marido Bruno, aunque él mismo le pedirá más tarde que vuelva. Ella vuelve, trayendo consigo la técnica del disimulo: continúa ejerciendo la prostitución pero ahora nadie lo ve, ni su propio marido que de esta manera vivirá engañado (en el doble sentido de la palabra), pero feliz. De tal manera, se puede afirmar que *El vecindario* las mujeres aparecen determinadas por una sociedad que no les deja ninguna salida, con lo cual buscan su liberación en el sexo. El cuerpo representa, entonces, su único medio para evadirse de las estrictas reglas sociales.

En conclusión, Aluísio Azevedo escribe *El vecindario* orientado siempre por la imagen matriz de la sociedad como réplica de un cuerpo vivo, razón por la cual la intriga de la novela sigue el modelo de un ciclo semejante al de la materia orgánica de los seres vivientes. Consecuentemente, el determinismo de la sociedad viene dado por el determinismo de ese mismo cuerpo: escaparse de este último significa dar un paso hacia adelante en la fuga de sociedad circundante. Nada mejor para terminar este ensayo que la descripción exacta que realiza el narrador de *El vecindario* del mismo, como organismo vivo y, en este caso, vicioso que carga de significación toda la obra:

Y en aquella tierra encharcada y humeante, en aquella humedad caliente y lodosa, comenzó a serpentear, a pulular, a crecer, un mundo, una cosa viva, una generación, que parecía brotar espontánea, allí mismo, de aquel lodazal, y a multiplicarse como larvas en el estiércol.[25]

Notas

- [1] Es importante tener en cuenta la influencia de Émile Zola con *Les Rougon-Macquart* (1871-1893) y de Eça de Queirós con dos de sus novelas, *O crime*

do Padre Amaro (1875) y *O primo Basílio* (1878) en el naturalismo del Brasil.

- [2] Aluísio Tancredo Gonçalves de Azevedo nació el 14 de abril de 1857 en São Luís de Maranhão y murió en Buenos Aires el 21 de enero de 1913, ciudad donde ocupaba el puesto de vicecónsul del Brasil. Contrariando la voluntad paterna que había dispuesto que el joven Aluísio fuera comerciante, éste viajó a los diecisiete años a Río de Janeiro y comenzó los estudios en la Academia Imperial de Bellas Artes. En 1880 publicó su primera novela *Uma lágrima de mulher*, texto romántico de marcado carácter sentimental. Un año más tarde publicó *O mulato* (1881) donde deja atrás sus veleidades románticas para adentrarse en un novela de fuerte compromiso social. El libro fue publicado en el auge de una campaña abolicionista en el país y provocó un fuerte escándalo. En él, Azevedo intentó analizar la estructura de la sociedad de su tiempo, la posición del mulato y atacó la superioridad racial. Entre el año de la publicación de *O mulato* y hasta 1895, Azevedo escribe 19 obras entre novelas y piezas teatrales. Azevedo fue un crítico severo de la sociedad brasileña del momento así como de sus instituciones. Preocupado por la realidad cotidiana, sus temas predilectos fueron el anticlericalismo, el adulterio, los vicios, el pueblo y la lucha contra el prejuicio racial. En *Casa de pensão*, basada en un hecho real ocurrido en Río, el autor describe el ambiente de las pensiones denominadas familiares, donde se hospedaban jóvenes estudiantes que venían del interior para estudiar en las grandes capitales.
- [3] La presente traducción es la primera que se realiza de esta novela en España. La traducción está basada en la novena edición que del texto realizó la casa editorial Briguier & Cia. Aluísio Azevedo, *O cortiço* (Rio de Janeiro: Briguier & Cia., 1943).
- [4] Inspirada en parte en la *Comédie humaine* de Balzac, *Les Rougon-Macquart* de Zola estaban concebidos como una novela cíclica la cual se proponía plasmar una historia científica y sociológica a través de cinco generaciones durante el II Imperio. Entre los títulos de la serie de *Les Rougon-Macquart* se encuentran: *El vientre de París*, *Una página de amor*, *Naná*, *Germinal*, *La obra*, *La bestia humana* y *El doctor Pascal*.
- [5] Dorothy S. Loos ha estudiado los elementos naturalistas presentes en las obras de Azevedo. Según Loos estos serían: 1. el determinismo: los personajes están condicionados por el sensualismo, el sexo, el deseo de dinero o de poder, el ambiente, el grupo étnico; 2. el sensacionalismo y la elección de lo sórdido y de lo cruel: los aspectos más sórdidos del sexo son mostrados por Azevedo sin miramientos a la clase social; 3. liberalismo del siglo XIX: ideas antiesclavistas y anticlericales, desdén por las ideas burguesas; 4. uso de elementos naturalistas: método experimental, empleo de los personajes para tipificar algunas ideas, descripción de algunos caracteres por sus cualidades exteriores; 5. actitud ante la presentación del material naturalista: solamente *O cortiço* es declaradamente amoral. Para mayor información consúltese *The Naturalistic Novel of Brazil* (New York: Hispanic Institute in the United States, 1963).
- [6] Comienza aquí su etapa de Imperio bajo Pedro I. Pedro II fue proclamado emperador en 1841 y coronado un año más tarde. En 1888, Don Pedro fue derrocado y en 1889 Brasil fue proclamado República.
- [7] Augusto Comte es el fundador de la escuela de pensamiento positivista, cuyo principal postulado es que sólo es legítimo el estudio de las relaciones entre

los diferentes fenómenos, puesto que la causa de los mismos es incognoscible.

[8] Juan Armando Epple señala algunos sucesos que ayudaron a la nivelación entre la avanzadilla cultural y el estancamiento político: “el fin de la guerra con Paraguay y la formación del partido Republicano, en 1870; la Ley de Vientre Libre, en 1871; la Cuestión Religiosa, en 1874; la libertad de los sexagenarios, en 1875; la Abolición de la esclavitud y la Cuestión Militar, en 1888; la República, en 1889, y la primera constitución republicana, en 1892”. En Juan Armando Epple, “Aluísio Azevedo y el naturalismo en Brasil”, *Revista de crítica literaria latinoamericana* 6 (1980): 29-46.

[9] Creo que es necesario mencionar para la mejor comprensión de este proceso dos hechos que reafirman el poder oligárquico nunca desaparecido totalmente: la llamada “política dos gobernadores” y el control del café.

[10] *El vecindario*.

[11] ídem.

[12] ídem.

[13] ídem.

[14] Ayuda a João Romão en su alianza matrimonial con la alta burguesía aristocrática la mediación de un súper reaccionario comerciante de esclavos, para el que la simple mención del movimiento abolicionista y de la Ley de Rio Branco supone sudores de muerte. Para la ilustración de lo aquí dicho, recomiendo la atenta lectura de la novela.

[15] *El vecindario*.

[16] ídem.

[17] ídem.

[18] La filosofía más divulgada por el naturalismo fue el determinismo de Hyppolite Taine (1828-1893). Los factores del determinismo se pueden agrupar en dos clases: el medio tanto físico como social, y la herencia con su marca o fisiológica o psicológica. La filosofía de Taine llegó al Brasil y fue asimilada rápidamente por su literatura. Afirma Loos a este respecto: “Not yet having achieved national independence, industrialization, or abolition of slavery, the Brazilian was prone to accept a pessimistic viewpoint of his nation's future. Nowhere is this seen more dramatically than in Sílvio Romero, whose criticism helped create the new literary aesthetic. He accepted Taine's philosophy of the effect on any literature of race, milieu and the historical moment. Not only did Romero accept Taine's philosophy; he did so in a pessimistic manner” (146).

[19] *El vecindario*.

[20] ídem.

[21] ídem.

[22] ídem.

[23] ídem.

[24] “The lesbian prostitute, Léoni, in *O cortiço* is reminiscent of Satin in Zola's *Nana* [...] So, too, did the *cortiço* prepare its Pombinhas and Jujus for prostitution” 76.

[25] *El vecindario*.

Obras citadas

Azevedo, Aluísio. *O cortiço*. Rio de Janeiro: Briguiet & Cia., 1943.

Azevedo, Aluísio. *El vecindario*. Trad. Carmen de Urioste. Sin publicar.

Epple, Juan Armando. “Aluísio Azevedo y el naturalismo en Brasil”. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 6 (1980): 29-46.

Loos, Dorothy S. *The Naturalistic Novel of Brazil*. New York: Hispanic Institute in the United States, 1963.

Miguel-Pereira, Lúcia. *Da literatura brasileira. Prosa de ficção. De 1870 a 1920*. Rio de Janeiro: Livraria José Olympio, 1973.

Sodré, Nelson Werneck. *História da literatura brasileira*. 4ª ed. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1964.

Bibliografía de Aluísio Azevedo

Casa de orates. SBAT en *Revista de teatro* 289, 1956. En colaboración con Artur Azevedo. (Teatro)

Casa de pensão. Rio de Janeiro: Faro & Lino, 1884. Publicado por primera vez como folletín en *Folha nova* (Rio de Janeiro, 1883).

A Condessa Vésper. Ouro Preto: Tip. De O Liberal Mineiro, 1886. Publicado por primera vez como folletín en *Gazetinha* con el título *Memórias de um condenado* (Rio de Janeiro, 1882).

O cortiço. Rio de Janeiro: B. L. Garnier, 1890.

O coruja. Rio de Janeiro: B. L. Garnier, 1890. Publicado por primera vez como folletín en *O País* (Rio de Janeiro, 1885).

Demônios. São Paulo: Teixeira & Irmão, 1893. (Cuentos)

Filomena Borges. Rio de Janeiro: Gazeta de Notícias, 1884. Publicado por primera vez como folletín en *Gazeta de notícias* (Rio de Janeiro, 1884).

A flor de Lis. Rio de Janeiro: Domingos de Magalhães, 1882. En colaboración con Artur Azevedo. (Teatro)

Fluxo e refluxo. Rio de Janeiro: Almanaque Garnier, 1905. (Teatro)

Frotzmac. Rio de Janeiro: Edição de Luís de Braga Júnior, 1889. En colaboración de Artur Azevedo. (Teatro)

Girândola de amores. Rio de Janeiro: B. L. Garnier, 1883. Publicado por primera vez como folletín en *Folha nova* con el título *Mistério de Tijuca* (Rio de Janeiro, 1882).

Uma lágrima de mulher. São Luís: Tip. Frias, 1879.

O homem. Rio de Janeiro: Tip. de Adolfo de Castro Silva & Cia., 1887. Publicado por primera vez en *O País* (Rio de Janeiro, 1889).

O livro de uma sogra. Rio de Janeiro: Domingos de Magalhães, 1895.

A mortalha de Alzira. Rio de Janeiro: Fauchon & Cia., 1894. Publicado por primera vez como folletín en *Gazeta de notícias* con el seudónimo Vítor Leal (Rio de Janeiro, 1891).

O mulato. São Luís: Tip. De O País, 1881.

Pegadas. Rio de Janeiro: Garnier, 1897. (Cuentos)

El vecindario

de Aluísio Azevedo

Traducción de Carmen de Urioste

Capítulo I

João Romão fue, desde los trece a los veinticinco años, empleado de un tendero que se enriqueció entre las cuatro paredes de un sucio y oscuro almacén en los vericuetos del barrio de Botafogo; y tanto economizó de lo poco que ganó en esa docena de años, que, al retirarse el patrón a su tierra, le dejó, en pago de salarios atrasados, no sólo el almacén con lo que estaba dentro, sino también un método para embaucar a la clientela y quinientos tostones en metálico.[1]

Propietario y establecido por su cuenta, el muchacho se lanzó al trabajo aún con más ardor, poseyendo tal delirio por enriquecerse, que afrontaba resignado las más duras privaciones. Dormía sobre el mostrador del propio almacén, encima de una estera, teniendo como almohada un saco de estopa lleno de paja. La comida se la componía, mediante el pago de cuatrocientos reales al día, la Bertoleza, una vecina suya que era vendedora ambulante, mulata treintona, esclava de un viejo ciego residente en Juiz de Fora [2] y amancebada con un portugués que tenía un carro de mano para hacer fletes por la ciudad.

Bertoleza también trabajaba duro; su puesto era el más frecuentado del barrio. Por la mañana vendía masa frita, y por la noche pescado frito y trozos de hígado; pagaba de salario a su dueño veinte mil reales por mes, y a pesar de eso, tenía ahorrado por su parte casi lo necesario para el franqueo. Pero un día, su hombre, después de correr media legua, empujando una carga superior a sus fuerzas, cayó muerto en la calle, al lado de su carro, reventado como una bestia.

João Romão mostró gran interés por esta desgracia, se hizo incluso participante directo de los sufrimientos de la vecina, y con tal empeño se lamentó, que la buena mujer lo escogió para confidente de sus desventuras. Se confió a él, le contó su vida de mortificaciones y dificultades. “¡Su señor le comía la piel del cuerpo! No era divertido para una pobre mujer tener que escupir, todos los meses, veinte cruzeiros contantes y sonantes!” Y le secreteó entonces lo que ya tenía juntado para su libertad y acabó pidiendo al tendero que le guardase los ahorros, porque ya una vez había sido robada por unos ladrones que le entraron en el puesto por la trastienda.

De ahí en adelante, João Romão se volvió el cajero, el procurador y el consejero de la criolla. Al cabo de poco tiempo era él quién tomaba cuenta de todo lo que ella producía, y también era él quién ponía y disponía de su dinero, y quien se encargaba de enviar al señor los veinte cruzeiros mensuales. Le abrió luego una cuenta corriente, y la vendedora, cuando necesitaba dinero para cualquier cosa, daba una carrera hasta el almacén y lo recibía de las manos del tendero, del “Señor João” como ella decía. El señor João apuntaba como deuda metódicamente esas pequeñas cantidades en un cuadernito, en cuya tapa de papel pardo se leía, mal escrito y con letras recortadas del periódico: “Activo y pasivo de Bertoleza”.

Y de tal manera fue el tendero ganando confianza en el espíritu de la mujer, que finalmente ésta no tomaba ninguna decisión por sí misma, y aceptaba de él, ciegamente, todo y cualquier arbitrio. Por último, si alguien necesitaba tratar con ella cualquier negocio, no se daba más el trabajo de buscarla, iba sin tardanza derecho a ver a João Romão.

Cuando se dieron cuenta estaban amancebados.

Él le propuso que vivieran juntos, y ella se avino con los brazos abiertos, feliz de convivir de nuevo con un portugués, porque como toda mulata, Bertoleza no quería estar sometida a negros y procuraba instintivamente al hombre de raza superior a la suya.

João Romão compró entonces, con los ahorros de su amante, algunos palmos de terreno al lado izquierdo del almacén, y levantó una casita de dos puertas, dividida por la mitad paralelamente a la calle, con la parte de delante destinada a puesto y la de detrás a dormitorio, el cual se amuebló con los

trastos de Bertoleza. Había, además de la cama, una cómoda de jacarandá muy vieja con agarraderas de metal amarillo ya desgastado, un oratorio lleno de santos y forrado de papel de color, un baúl de cuero crudo claveteado, dos banquitos de palo hechos de una sola pieza y un enorme perchero para clavar en la pared, con una extraordinaria cubierta de retazos de tela.

El tendero nunca había tenido tanto mobiliario.

-Ahora, le dijo a la mulata, las cosas te van a ir mejor. Tú vas a quedar vengada; yo voy a procurar todo lo que te haga falta.

Durante esos días él salió mucho a la calle, y una semana después apareció con una hoja de papel toda escrita, que leyó en voz alta a su compañera.

-¡Tú ya no tienes más dueño! declaró después de la lectura, que ella oyó entre lágrimas agradecidas. ¡Ya eres libre! De ahora en adelante lo que tú ganes será sólo tuyo y aún de tus hijos, si los tuvieras. ¡Se acabó el cautiverio de pagar los veinte cruzeiros a la peste del ciego!

-¡Coitado! ¡La gente se queja de su destino! ¡Él, como mi señor, exigía el salario, exigía lo que era suyo!

-¡Suyo o no suyo, se acabó! ¡Vida nueva!

Contra toda costumbre, se abrió ese día una garrafa de vino de Pôrto y los dos bebieron para celebrar el gran acontecimiento [3]. A pesar de todo, la supuesta carta de libertad era obra del mismo João Romão, y ni siquiera el sello, que él se ocupó de pegarle encima, para dar a la burla mayor formalidad, representaba gasto, porque el falsificador aprovechó una estampilla ya usada. El señor de Bertoleza no tuvo nunca conocimiento del hecho; lo que sí se figuró, fue que su esclava había huido a Baía [4] después de la muerte de su amante.

-Que venga el ciego a buscarla aquí, si es capaz... se desafió el tendero a sí mismo. ¡Que caiga por aquí y verá si esta esclavitud se prolonga o no!

No obstante, sólo quedó tranquilo del todo de ahí a tres meses, cuando le constó la muerte del viejo. La esclava pasaba naturalmente en herencia a cualquiera de los dos hijos del muerto; pero de estos nada había que recelar: dos juerguistas de marca mayor que, recibida la legítima, cuidarían de todo, menos de lanzarse a la pista de una mulata a la que no veían desde hacía muchos años. “¡Suficiente! Bastaba ya, y no era poco lo que el ciego había sorbido durante tanto tiempo!”

Bertoleza representaba ahora al lado de João Romão el triple papel de cajera, de criada y de amante. Trabajaba de verdad, pero con cara alegre; a las cuatro de la mañana estaba ya en la faena de todos los días, preparando el café para los clientes y después preparando el almuerzo para los trabajadores de una cantera que había más allá de un gran pastizal por el lado de atrás del almacén. Barría la casa, cocinaba, vendía en el mostrador del almacén cuando su amante andaba ocupado por la calle; despachaba en su puesto durante el día en los intervalos de los otros servicios, y por la noche se pasaba a la puerta del almacén, y, encarada a un hornillo de barro, freía hígado y aliñaba sardinas, las cuales Romão iba por las mañanas, en mangas de camisa, con zuecos y sin medias, a comprar a la playa de Peixe. Y el

demonio de mujer aún encontraba tiempo para lavar y arreglar, además de la suya, la ropa de su hombre, aunque ésta, la verdad sea dicha, no era tanta y nunca pasaba en todo el mes de algunos pares de pantalones de dril y otras tantas camisas de rayadillo.

João Romão no salía nunca de paseo, ni iba a misa los domingos; todo lo que rendía el almacén y aun el puesto iba derecho a la caja del gobierno y de ahí entero para el banco [5]. Tanto fue así que, un año después del falso franqueo de la mulata, yendo a pública subasta algunas brazas de tierra situadas en la parte trasera del almacén, las compró y trató, sin pérdida de tiempo, de construir tres pequeñas casas con una sola puerta y una única ventana.

¡Qué milagros de ingenio y economía no realizó en esas construcciones! Servía de picapedrero, mezclaba y cargaba masa, partía piedra; piedra, que el fraudulento tendero, a deshoras y junto con su amante, robaba de la cantera cercana, de la misma manera que robaba el material de las casas en obra que había por allí cerca.

Estos hurtos eran realizados con todas las cautelas y siempre coronados del mayor éxito, gracias a la circunstancia de que en ese tiempo la policía no se dejaba ver mucho por aquellas alturas. João Romão observaba durante el día en cuál de las obras quedaba material para el día siguiente, y por la noche allá estaba él rondando, además de la Bertoleza, para llevar tablas, ladrillos, tejas, sacos de cal, a la mitad de la calle, con tanta habilidad que no se oía ni un vislumbre de rumor. Después uno de ellos tomaba una carga y partía hacia la casa, mientras el otro quedaba de guardia al lado del resto, pronto a dar la señal en caso de peligro; y, cuando el que se había ido volvía, seguía entonces el compañero, cargado a su vez.

Nada se les escapaba, tanto las escaleras de los picapedreros como los caballetes de madera, el banco o las herramientas de los carpinteros.

Y el hecho es que aquellas tres casitas, tan ingeniosamente construidas, fueron el punto de partida de la gran vecindad de São Romão.

Hoy cuatro brazas de tierra, mañana seis, después otras más, iba el tendero conquistando todo el terreno que se extendía por la parte trasera de su almacén; y, en la proporción que lo conquistaba, se reproducían los cuartos y el número de moradores.

Siempre en mangas de camisa, sin domingo ni día festivo, no perdiendo nunca la ocasión de enseñorearse de lo ajeno, dejando de pagar todas las veces que podía y nunca dejando de recibir, engañando a los clientes, robando en los pesos y en las medidas, comprando por un centavo de miel colada lo que los esclavos robaban de casa de sus señores, comprimiendo cada vez más sus propios gastos, amontonando privaciones sobre privaciones, trabajando junto a su amante como una yunta de bueyes, João Romão llegó finalmente a comprar una buena parte de la hermosa cantera, que él, todos los días, al caer la tarde, sentado un instante a la puerta del almacén, contemplaba de lejos con un resignado mirar de codicia.

Puso allí seis hombres a picar piedra y otros seis a hacer losetas y paralelepípedos, y entonces empezó a ganar en grande, tan en grande que, al cabo de un año y medio, compró en subasta pública todo el espacio comprendido entre sus casitas y la cantera, esto es, un terreno de unas

ochenta brazas de profundidad por veinte de frente totalmente llano y magnífico para construir.

Justamente por aquellos días se vendió también una casa que quedaba a la derecha del almacén separada de éste apenas por unas veinte brazas; de suerte que todo el lado izquierdo del edificio que tenía nueve ventanas, aproximadamente unos veintitantos metros, daba para el terreno del tendero. La compró un tal Miranda, negociante portugués, establecido en la calle del Hospicio, con una tienda de tejidos al por mayor. Realizada una limpieza general en el caserón, se mudó allí con la familia, puesto que su mujer, Doña Estela, señora pretenciosa y con humos de nobleza, ya no podía soportar la residencia en el centro de la ciudad, como tampoco su hija, la Zulmirinha, la cual crecía muy pálida y necesitaba de libertad para robustecerse y tomar cuerpo.

Esto fue lo que dijo Miranda a sus colegas, pues la verdadera razón de la mudanza estaba en la necesidad, que él reconocía urgente, de alejar a Doña Estela del alcance de sus cajeros. Doña Estela era una mujercita atrevida: llevaba casada trece años y durante ese tiempo dio a su marido toda clase de disgustos. Ya antes de terminar el segundo año de matrimonio, Miranda la pilló en flagrante delito de adulterio; se puso furioso y su primer impulso fue mandarla al diablo junto con su cómplice; pero su casa comercial se garantizaba con la dote que ella había traído al matrimonio, unos ochenta mil cruzeiros en inmuebles y bonos de deuda pública, de la cual utilizaba el desgraciado tanto cuanto le permitía el régimen dotal. Por lo demás, un rompimiento brusco sería causa de escándalo, y, de acuerdo a su opinión, cualquier escándalo doméstico quedaba muy mal a un negocio de cierto prestigio. Estimaba por encima de todo su posición social y se estremecía solo con la idea de verse nuevamente pobre, sin recursos y sin coraje para recomenzar la vida, después de haberse habituado a unos cuantos privilegios y acostumbrado a la dignidad de portugués rico que ya no tiene patria en Europa.

Acobardado al confrontar estos razonamientos, se contentó con una simple separación de lechos, y los dos pasaron a dormir en cuartos separados. No comían juntos, y malamente intercambiaban entre sí una u otra palabra constreñida, cuando cualquier inesperado acaso los reunía a disgusto.

Se odiaban. Cada uno sentía por el otro un profundo desprecio, que poco a poco se fue transformando en completa repugnancia. El nacimiento de Zulmira vino a agravar aún más la situación; la pobre criatura, en vez de servir de unión a los dos infelices, fue antes un nuevo aislamiento que se estableció entre ellos. Estela la amaba menos de lo que le pedía el instinto materno porque la suponía hija del marido, y éste la detestaba porque tenía la convicción de no ser su padre.

Una hermosa noche, sin embargo, Miranda, que era hombre de sangre enérgica y tenía por entonces alrededor de treinta y cinco años, se sintió en un insostenible estado de lascivia. Era tarde ya y no había en casa ninguna criada que le pudiese valer. Se acordó de su mujer, pero repudió luego esta idea con escrupulosa repugnancia. Continuaba odiándola. Con todo, esta misma obligación que él mismo se impuso de no servirse de ella, la responsabilidad de despreciarla, le abrasaba aún más el deseo de la carne, haciendo de la esposa infiel un fruto prohibido. Finalmente, cosa singular, puesto que moralmente en nada se disminuía su repugnancia por la adúltera, se dirigió hacia el cuarto de ella.

La mujer dormía a pierna suelta. Miranda entró poco a poco y se aproximó a la cama. “¡Debía volverse!... pensó. No estaba bien hacer aquello”. Pero la sangre le palpitaba, reclamándola. Aún dudó un instante, inmóvil, para contemplarla en su deseo.

Estela, como si la mirada del marido le palpase el cuerpo, se volvió sobre la cadera izquierda, retirando con los muslos la sábana hacia adelante y haciendo visible una franja de desnudez blanda y banca. Miranda no pudo resistir, se tiró encima de ella, que, en un pequeño sobresalto, más de sorpresa que de rebeldía, se desvió, volviéndose luego y enfrentándose con el marido. Y se dejó agarrar por los riñones, con los ojos cerrados, fingiendo que continuaba durmiendo, sin la menor conciencia de todo aquello.

¡Ah! ella estaba segura de que el esposo, desde que no tuvo coraje para separarse de la casa, había, antes o después, de procurarla de nuevo. Le conocía el temperamento, fuerte para desear y débil para resistir el deseo.

Consumado el delito, el honrado comerciante se sintió paralizado por la vergüenza y el arrepentimiento. No tuvo ánimo para decir palabra alguna, y se retiró triste y abatido para su cuarto de separado.

¡Oh! como le dolía ahora lo que acababa de hacer en la ceguera de su sensualidad.

-¡Qué disparate! ... decía él agitado. ¡Qué enorme disparate!

Al día siguiente, los dos se volvían y se evitaban en silencio, como si nada de extraordinario hubiera acontecido entre ellos la víspera. Hasta se diría que, después de aquella ocurrencia, Miranda sentía crecer su odio contra la esposa. Y, por la noche de ese mismo día, cuando se echó solo en su cama estrecha, juró mil veces por su pundonor nunca más, nunca más, practicar semejante locura.

Pero, al cabo de un mes, el pobre hombre, acometido de un nuevo acceso de lujuria, volvió al cuarto de su mujer.

Estela lo recibió desde esta vez como la primera, fingiendo que no se daba cuenta; en una ocasión, sin embargo, en que él se apoderaba de ella febrilmente, la imprudente, sin poderse contener, le soltó de lleno contra el rostro una carcajada que el esfuerzo reprimía. El pobre diablo se desorientó, verdaderamente escandalizado, irguiéndose, brusco, en un estremecimiento de sonámbulo armonizado con violencia.

La mujer percibió la situación y al no darle tiempo a fingir; le pasó rápido las piernas por encima y, subiéndosele al cuerpo, lo cegó con una metralla de besos.

No se hablaron.

Miranda nunca la poseyó, ni nunca la vio así, tan violenta en el placer. La extrañó. Se imaginó estar en brazos de una amante apasionada; descubrió en ella el seductor encanto con que nos embriagan las cortesanas adiestradas en la ciencia del gozo venéreo. Le descubrió en el olor de la piel y en el olor de los cabellos perfumes que nunca le sintiera; le notó otro aliento, otro sonido en los gemidos y en los suspiros. Y la gozó, la gozó locamente, con delirio, con verdadera satisfacción de animal en celo.

Y ella también gozó, estimulada por aquella circunstancia picante del resentimiento que los desunía; gozó la deshonestidad de aquel acto que a ambos acanallaba a los ojos del otro; se contorsionó entera, rechinando los dientes, gruñendo, debajo de aquel su odiado enemigo, hallándolo también ahora, como hombre, mejor que nunca, sofocándolo en sus brazos desnudos, metiéndole por la boca la lengua húmeda y ardiente. Después, en un arrebato del cuerpo entero, con un sollozo gutural y estrangulado, jadeante y convulsa, se quedó inmóvil en un abandono de piernas y brazos abiertos, la cabeza para un lado, los ojos moribundos y llorosos, toda ella agonizante, como si la hubieran crucificado en la cama.

A partir de esa noche, en la cual Miranda se retiró del cuarto de su mujer por la mañana, se estableció entre ellos el hábito de una felicidad sexual, tan completa como hasta entonces no la habían disfrutado, puesto que en lo más íntimo de cada uno persistía contra el otro la misma repugnancia moral en nada debilitada.

Durante diez años vivieron muy bien casados; ahora, no obstante, después de tanto tiempo de la primera infidelidad conyugal, y ahora que el comerciante ya no era acometido tan frecuentemente por aquellas crisis que lo arrojaban fuera de horas al dormitorio de Doña Estela, ahora, he aquí que la liviana parecía dispuesta a reincidir en la culpa, dando cuerda a los cajeros del marido, en la ocasión en que estos subían para almorzar o cenar.

Fue por eso que Miranda compró el edificio vecino a João Romão.

La casa era buena; su único defecto estaba en la escasez de jardín; pero para eso había remedio: con muy poco se compraban unas diez brazas de aquel terreno por la parte de atrás, el cual iba hasta la cantera, y unas diez o quince brazas más del lado en que quedaba el almacén.

Miranda fue sin demora a entenderse con João Romão y le propuso el negocio. El tendero rehusó formalmente.

Miranda insistió.

-¡El señor pierde su tiempo y su habla! replicó el amigo de Bertoleza. ¡No sólo no cedo ni una pulgada de mi terreno sino que además le compro, si me quisiera vender, aquel pedazo que le queda por detrás de la casa!

-¿El jardín?

-Exactamente.

-Pues, ¿quiere usted que yo me quede sin casa, sin jardín y sin nada?

-Para mí sería ventajoso...

-Ahora, déjese de bromas, hombre, y diga cuanto quiere por lo que le he propuesto.

-Ya dije lo que tenía que decir.

-Cédame entonces al menos las diez brazas que están por la parte de atrás.

-¡Ni medio palmo!

-Eso es maldad de su parte, ¿sabe? Yo, si tengo tamaño empeño, es por mi pequeña, que precisa, pobrecita, de un poco de espacio para crecer.

-¡Y yo no cedo porque necesito mi terreno!

-¡Ahora esto! ¿Qué diablo puede usted hacer allí? ¡Una porquería de pedazo de terreno casi pegado a un monte y a la parte trasera de mi casa! ¡cuando usted, además, dispone de tanto espacio sobrante!

-¡Le tengo que mostrar si tengo o no lo que hacer allí!

-¡Es que usted es un tozudo! Mire, si me cediese las diez brazas de atrás, su parte quedaría cortada en línea recta hasta la cantera, y me evitaba quedarme con un trozo de terreno ajeno metido por el mío. ¿Quiere saber? ¡No construyo la cerca del jardín sin que usted se decida!

-¡Entonces se quedará con el jardín para siempre sin muro, porque lo que tenía que decir ya lo dije!

-¡Pero, hombre de Dios, qué diablos! ¡Piense un poco! ¡Usted allí no puede construir nada! ¡O pensará que le dejaré abrir ventanas con vistas a mi jardín...!

-¡No preciso abrir ventanas dando al jardín de nadie!

-¡Ni tampoco puede que le deje levantar paredes, tapándome las ventanas de la izquierda!

-No preciso levantar paredes de ese lado...

-Entonces ¿qué diablos va usted a hacer de todo este terreno?

-¡Ah! ¡eso ahora es cosa mía! ¡Lo que sea ya se verá!

-¡Pues crea que se arrepentirá de no cederme el terreno!

-¡Si me arrepiento, paciencia! ¡Sólo le digo que muchos males tendrá en suerte quien quisiera meterse con mi vida!

-¡Que lo pase bien!

-¡Adiós!

Se entabló entonces una lucha reñida y sorda entre el portugués comerciante de tejidos al por mayor y el portugués comerciante de ultramarinos. Aquel no se resolvía a hacer el muro del jardín, sin haber conseguido el espacio de terreno que lo separaba del montecito; y el otro, por su parte, no perdía la esperanza todavía de apañar, por lo menos, dos o tres brazas por detrás de la casa; parte ésta que, de acuerdo a sus cálculos, valdría oro, una vez realizado el gran proyecto que últimamente lo traía preocupado: la creación de un vecindario enorme, un vecindario monstruosamente grande, sin ejemplo, destinado a matar toda aquella fragmentación de casas de vecinos que se esparcían por Botafogo.

Era éste su ideal. Hacía mucho que João Romão vivía exclusivamente para esa idea; soñaba con ella todas las noches; comparecía en todas las subastas de materiales de construcción; pujaba por maderámenes ya usados; compraba tejas de segunda mano; adquiría en rebajas cal y ladrillos; lo cual era todo depositado en su gran solar vacío, cuyo aspecto tomó en breve el carácter extraño de una enorme barricada, tal era la variedad de objetos que allí se apiñaban acumulados; tablas y tablones, troncos de árbol, mástiles de navío, ejes, restos de carros, chimeneas de barro y de hierro, fogones desmantelados, pilas y pilas de ladrillos de todas las hechuras, barricas de cemento, montones de arena y tierra roja, aglomeraciones de tejas viejas, escaleras rotas, depósitos de cal, el infierno en fin; lo que él, que sabía perfectamente como esas cosas se robaban, cuidaba, soltando por la noche un descomunal perro carnicero.

Este perro era un pretexto de eternas peleas con la gente de Miranda, a cuyo jardín nadie de la casa podía bajar, después de las diez de la noche, sin correr el riesgo de ser atacado por la fiera.

-¡A levantar el muro! decía João Romão, sacudiendo los hombros.

-¡No lo levanto! replicaba el otro. ¡Si es cuestión de capricho, yo también tengo capricho!

En compensación, no caía en el jardín de Miranda gallina o pollo, huidos del cercado del ventero, que no desapareciera de inmediato. João Romão protestaba contra el robo en términos violentos, jurando venganzas terribles, hablando de dar tiros.

-¡Pues levante un muro en el gallinero! respondía el marido de Estela.

Al cabo de algunos meses, João Romão, después de hacer un último intento por conseguir algunas brazas del jardín del vecino, resolvió empezar las obras del vecindario.

-¡Déjalo estar, conversaba él en la cama con la Bertoleza; déjalo estar que todavía le he de entrar por la parte de atrás de la casa, si es que no le entro por delante! ¡Más tarde o más temprano le como, no dos brazas, sino seis, ocho, todo el jardín y hasta la propia casa tal vez!

Y decía esto con la convicción de quien todo lo puede y todo lo espera de su perseverancia, de su esfuerzo inquebrantable y de la fecundidad prodigiosa de su dinero, dinero que sólo le salía de las garras para volver multiplicado.

Desde que la fiebre de poseer se apoderara de él totalmente, todos sus actos, todos, hasta los más simples, se disponían hacia un interés pecuniario. Sólo tenía una preocupación: aumentar los bienes. De sus huertas recogía para sí mismo y para su compañera las peores legumbres, aquellas que por malas, nadie compraría; sus gallinas ponían abundantes huevos y él no comía ni uno sólo, aunque, sin embargo, le gustaban mucho; los vendía todos y se contentaba con los restos de las comidas de los trabajadores. Aquello ya no era ambición, era una molestia nerviosa, una locura, una desesperación por acumular, por reducir todo a moneda. Y su tipo bajito, fornido, de cabellos de estopa, la barba siempre por hacer, iba y venía de la cantera al almacén, del almacén a las huertas y al pastizal, siempre en mangas de camisa, con zuecos, sin calcetines, mirando para todos los lados, con su eterna apariencia

de codicia, apoderándose con los ojos de todo aquello que no se podía apoderar más tarde con las uñas.

Entre tanto, la calle se poblaba de un modo asombroso. Se construía mal, pero mucho; surgían chalés y casitas de la noche a la mañana; subían los alquileres; las propiedades duplicaban su valor. Se construyó una fábrica de pasta italiana y otra de velas marinas, y los trabajadores pasaban por allí por la mañana y a la caída de la noche, y la mayor parte de ellos iban a comer a la casa de comidas que João Romão había organizado en la trastienda de su almacén. Se abrieron nueve almacenes; ninguno, sin embargo, conseguía ser tan frecuentado como el de él. Nunca su negocio fue tan floreciente, nunca el astuto tendero vendió tanto; vendía más ahora, mucho más, que en los años anteriores. Hasta tuvo que contratar cajeros. Las mercaderías ya no le cabían en las estanterías; el mostrador estaba cada vez más reluciente, más gastado. Y el dinero empezó a gotear, cruzeiro a cruzeiro (de veinte en veinte) dentro del cajón, y a resbalar del cajón para la caja de caudales, de cincuenta a cien cruzeiros, y de la caja de caudales hacia el banco, de mil en mil.

Al final, ya no le bastaba surtir su establecimiento en los almacenes abastecedores; comenzó a recibir algunos géneros directamente desde Europa: el vino, por ejemplo, que él antes compraba por quintos en las casas al por mayor, le venía ahora de Portugal en toneles y de cada uno hacía tres con agua y cachaza; y despachaba facturas de barriles de manteca, de cajas de conserva, cajones de fósforos, aceite, quesos, loza y muchas otras mercancías.

Construyó almacenes para depósito, quitó el puesto de Bertoleza y se llevó de allí el dormitorio, aprovechando el espacio para ampliar el almacén, que dobló su tamaño y tuvo dos puertas más.

Ya no era un simple almacén, era un bazar en el que se encontraba de todo: objetos de tocador, herrajes, porcelanas, utensilios de escritorio, ropa de rayadillo para los trabajadores, tejidos para ropa de mujer, sombreros de paja apropiados para trabajar al sol, perfumes baratos, peines de cuerno, lienzos con versos de amor, y juguetes y pendientes de metal ordinario.

Y toda la gente de los alrededores iba a caer al almacén, o también allí al lado, en la casa de comidas, donde los operarios de las fábricas y los trabajadores de la cantera se reunían después del servicio, y se quedaban bebiendo y conversando hasta las diez de la noche, entre el espeso humo de las pipas, del pescado frito en aceite y de las lámparas de queroseno.

Era João Romão quien les abastecía de todo, de todo, hasta de dinero adelantado, cuando alguien lo necesitaba. Por allí no se encontraba jornalero cuyo salario no fuese a parar entero a las manos del miserable tendero. Y sobre este dinero, casi siempre prestado sobre tostones, cobraba intereses del ocho por ciento al mes, un poco más de lo que le cobraba a los que garantizaban la deuda con piezas de oro o de plata.

No obstante, las casitas del vecindario, a medida que se terminaban de manera chapucera, se ocupaban a continuación, sin dar tiempo siquiera a que las pinturas se secasen; había gran avidez por alquilarlas; aquel era el mejor punto del barrio para la gente trabajadora. Los empleados de la cantera preferían todos vivir allí, porque estaban a dos pasos de su obligación.

Miranda reventaba de rabia.

-¡Un vecindario! exclamaba él, poseído. ¡Un vecindario! ¡Maldito sea aquel tendero de todos los diablos! ¡Construirme un vecindario debajo de las ventanas! ¡Me dañó la casa, el malvado!

Y vomitaba blasfemias, jurando que había de vengarse, y protestando a los gritos contra el polvo que le invadía en ondas las salas, y contra el infernal barullo de los canteros y de los carpinteros que martilleaban de sol a sol.

Lo que no impidió que las casitas continuasen surgiendo, una después de otra, y fuesen luego ocupándose, y se extendieran unidas por allí fuera, desde el almacén hasta casi el montecito, y después doblasen para el lado de Miranda y avanzasen sobre el jardín de éste, que parecía amenazado por aquella serpiente de piedra y cal.

Miranda mandó entonces levantar el muro.

¡Nada! ¡aquel monstruo era capaz de invadirle la casa hasta la sala de las visitas!

Y los cuartos de la vecindad pararon por fin al encontrarse con el muro del negociante, formando con la continuación de la casa de éste un gran cuadrado, especie de patio de cuartel, donde podía formar un batallón.

Noventa y cinco casitas tenía el inmenso vecindario.

Con prontitud, João Romão mandó levantar en la parte de delante, en las veinte brazas que separaban el almacén de la casa de Miranda, un grueso muro de diez palmos de altura, coronado de cascotes de vidrios y culos de garrafa, y con una gran portada en el centro, donde se colgó un farol de vidrios bermejos, por encima de un letrero amarillo, en el que se leía lo siguiente, escrito con tinta encarnada y sin preocuparse por la ortografía:

“Vecindario de São Romão. Se alquilan casitas y tinas para lavanderas”.

Las casitas se alquilaban por mes y las tinas por día: todo por adelantado. El precio de cada tina, incluyendo el agua, cincuenta centavos, jabón aparte. Las moradoras de la vecindad tenían preferencia y no pagaban nada por lavar.

Gracias a la abundancia de agua que allí había, como en ninguna otra parte, y gracias al mucho espacio del que se disponía en la vecindad para colgar la ropa, la concurrencia en las tinas no se hizo esperar; acudían lavanderas de todas partes de la ciudad, entre ellas algunas venidas de bien lejos. Y en cuanto quedaba libre una de las casitas, o un cuarto, una esquina donde cupiese un colchón, surgía una nube de candidatos para disputárselos.

Y aquello se fue constituyendo en una gran lavandería, inquieta y bulliciosa, con sus cercas de vara, sus verdeantes hortalizas y sus jardincillos de tres y cuatro palmos, que parecían como manchas alegres en medio de la negrura de las lodosas tinas rebosantes y el reverbero de las claras barracas de algodón crudo, armadas sobre los lustrosos bancos de lavar. Y los goteantes tendederos, cubiertos de ropa mojada, centelleaban a sol, que ni en lagos de metal blanco.

Y en aquella tierra encharcada y humeante, en aquella humedad caliente y lodosa, comenzó a serpentear, a pulular, a crecer, un mundo, una cosa viva,

una generación, que parecía brotar espontánea, allí mismo, de aquel lodazal, y a multiplicarse como larvas en el estiércol.

Notas de la traducción

- [1] Antigua moneda brasileña con el valor de 100 reis.
- [2] Ciudad del Estado de Minas Gerais.
- [3] Oporto, al norte de Portugal, es la segunda ciudad más importante del país. El vino de Oporto, o simplemente Oporto, es conocido desde el siglo XVI.
- [4] Bahía, Estado brasileño cuya capital es Salvador.
- [5] La caja de gobierno era un establecimiento oficial destinado a guardar y capitalizar las pequeñas economías del pueblo.

Carmen de Urioste es profesora asociada de español en Arizona State University. Es autora de *Narrativa andaluza (1900-1936)*, *Erotismo, feminismo y regionalismo* y *The Writer's Reference Guide to Spanish* (éste último en colaboración con David W. Foster y Daniel Altamiranda). Asimismo es editora de *Spanish Literature*. 3 vols. Vol. 1: *Current Debates on Hispanism*. Vol. 2: *From Origins to 1700*. Vol. 3: *From 1700 to the Present* (junto con David W. Foster y Daniel Altamiranda) y de *Literatura española: Una antología* (junto con David W. Foster, Daniel Altamiranda y Gustavo Geirola). En la actualidad es editora de la revista *Letras Femeninas*.

© *Carmen de Urioste 2006*

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

